

30 minutos
de lectura

**JUNTOS
LEEMOS**



¡LEER ENCIENDE TU IMAGINACIÓN!

Educación General Básica
Octavo grado
Lengua y Literatura

Ministerio de Educación



República
del Ecuador

30 minutos
de lectura

**JUNTOS
LEEMOS**



¡LEER ENCIENDE TU IMAGINACIÓN!

Educación General Básica
Octavo grado
Lengua y Literatura

Ministerio de Educación



República
del Ecuador

El horno

Joaquín Gómez Bas

Era un invierno criminalmente frío. La idea se le ocurrió al abrir la tapa del horno y sentirse envuelto en una ola de aire caliente, achicharrante. Sería un verdadero negocio envasarlo y venderlo.

Lo puso en práctica en seguida. Salió a la calle con un carrito de mano y casa por casa fue adquiriendo a precios de pichanca centenares de botellas vacías. Ya en su casa, encendió el gas del horno y aguardó a que se elevara la temperatura interior. Cuando consideró logrado el punto conveniente, abrió, metió la cabeza dentro, aspiró el aire abrasante y lo sopló en la primera botella, que tapó justamente con un corcho. Repitió el procedimiento con unas cuantas y salió a venderlas.

Hizo un negocio redondo. Las vendía en cajones de doce botellas cada uno y no daba abasto. Lo único en contra era que de tanto meter la cabeza en el horno había perdido en reiteradas chamusquinas el pelo de la cabeza, de las cejas y del bigote. Sin embargo, no desistía. Ganaba mucho dinero. No era cuestión de abandonar semejante ganga por pelos de más o de menos.

Un día sintió cierta picazón en una oreja y al intentar rascársela se le desprendió convertida en ceniza. Lo mismo le pasó con la otra a la semana siguiente, y más tarde con la nariz, el cuero cabelludo, la piel de la cara y los párpados. Inexplicablemente, conservó hasta el final los labios. Cuando estos también se le cayeron, le resultó imposible soplar el aire caliente dentro de las botellas. Y se le acabó el negocio.

Tomado de <https://bit.ly/2mFr9Kd> (28/03/2018)

Joaquín Gómez Bas (1907-1984). Escritor, pintor y guionista de cine español. Ha publicado los libros *Barrio gris*, *Oro bajo*, *Birlibirloque*, *La tarántula ciega*, entre otros.

No somos irrompibles

Elsa Isabel Bornemann

Los cristales pueden quebrarse.
A veces basta un leve golpe de abanico.
Las telas suelen desgarrarse al contacto de una diminuta astilla.
Se rasgan los papeles..
Se rompen los plásticos..
Se rajan las maderas..
Hasta las paredes se agrietan, tan firmes y sólidas que parecen.
¿Y nosotros?
¡Ah!... Nosotros tampoco somos irrompibles.

Nuestros huesos corren el riesgo de fracturarse; nuestra piel, de herirse..
También nuestro corazón,
aunque siga funcionando como un reloj suizo
y el médico nos asegure que estamos sanos.
¡Cuidado! ¡Frágil! El corazón se daña muy fácilmente.
Cuando oye un “No” redondo, o un “Sí” desgarnado,
una especie de “nnnsí” y merecía un tintineante “¡Sí!”..
Cuando lo engañan..
Cuando encuentra candados donde debía encontrar puertas abiertas.
Cuando es una rueda que gira solitaria día tras día... noche tras noche..
Cuando...

Entonces, siente tirones desde arriba,
por adelante, desde abajo, por detrás..
o es un potrillito huérfano galopando dentro del pecho.
¿Se arruga?
¿Se encoge?
¿Se estira?
No.

Late lastimado.

¿Y cómo se cura?

Solamente el amor de otro corazón alivia sus heridas.

Solamente el amor de otro corazón las cicatriza.

(Mi amigo y yo lo sabemos.

Por eso somos amigos)

Tomado de <https://bit.ly/2JMbmfm> (05/07/2018)

Elsa Isabel Bornemann (1952-2013). Escritora y docente argentina, egresada de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Su obra está dirigida a niños, jóvenes y adultos.

Detrás de las cortinas

Lucrecia Maldonado

El papá de Ernesto murió poco tiempo después de que nos casáramos. Ya estuvo bastante enfermo para el día de la boda y, aunque sí pudo acompañarnos, no se levantó a bailar, ni cosa por el estilo. Pasaron algunos meses y falleció una noche mientras dormía, en esta misma casa. Pepita quedó muy triste. Solo tenía dos hijos: Ernesto y su hermana menor, Marcela, que también estaba muy dolida por el fallecimiento de su papá, y que en ese entonces tenía menos de veinte años.

Ernesto y yo vivíamos en Quito, en un departamento muy pequeño para esa época, aunque en estos días se vería muy grande, y estaba muy preocupado por su hermana y su mamá después del fallecimiento de su padre. Más todavía, porque cuando una persona muere, a pesar de la pena que se tiene, hay que hacer un montón de trámites y papeleos. Pepita había quedado tan afectada que solo quería irse a Guayaquil con Merceditas y cedernos esta casa, pero para eso también tocaba encontrar los papeles que hacían falta.

Una tarde de esas llamó muy angustiada, y me dijo que no encontraba por ninguna parte la carpeta ni el sobre donde se guardaban todos los documentos de la casa. Era casi de noche, me acuerdo, Ernesto todavía no llegaba de la universidad, y le ofrecí avisarle en cuanto regresara. Cuando llegó le conté, y él también llamó a su mamá. Después de hablar, vino y me dijo:

—Mamá está muy angustiada, ya sabes cómo se pone. Mercedes no la puede ayudar. No encuentran los papeles de la casa y mañana hay que entregar todo a los abogados. Voy a ver si encuentro un bus para ir hasta Alangasí y me quedo a dormir ahí, con ellas, porque regresar más noche ya ha de ser complicado.

Le pregunté si quería que le acompañara. Sonrió:

—¿Para qué? Mejor quédate aquí, allá te va a tocar lidiar con toda la pena y la preocupación de la familia. Además, toca revolver todo para buscar esos malditos papeles. Estaba fastidiado. Me besó en la frente y se fue, no sin antes decirme que me amaba.

Al otro día me contó que había llegado ya cerca de las ocho de la noche, que Pepita estaba desesperada y que Merceditas también. Buscaron los papeles por todas partes, sobre todo en los cajones, ficheros y estanterías del estudio de mi suegro, y nada. Ernesto sugirió que comieran alguna cosa y siguieran buscando. Cenaaron, siguieron buscando y no encontraron nada, por lo que Pepita se angustió más todavía. Más tarde, siguiendo una costumbre aprendida de mí, Ernesto le preparó a su mamá una agüita de tilo y le dijo a su hermana:

—Vamos a tomarnos algo fuerte en la sala.

Mercedes, que acababa de cumplir los dieciocho años, aceptó tomarse un traguito con su hermano. Me parece que no fue solo un traguito, porque Ernesto me contó que después de un rato ella prefirió irse a su cuarto y él se quedó en la sala, preguntándose dónde mismo se encontraban aquellos papeles que su mamá y todos necesitábamos con urgencia. Dijo también que el reloj de péndulo comenzó a dar las campanadas de la media noche, y él miró hacia las cortinas de la ventana grande de la sala porque algo se movía detrás de ellas.

Al principio, Ernesto pensó que sería el viento, o tal vez el gato.. pero justo en eso se abrieron las cortinas y apareció mi suegro, con su terno de siempre. Ernesto me contó que sonreía, que parecía muy sano y contento, como él hacía tiempo que no lo había visto, y como yo no lo había conocido jamás, solo por foto. Decía que le saludó con un gesto de la mano:

—Hola, hijo. A Ernesto le asombraba haberle contestado, con toda naturalidad:

—Hola, papá. Se sentó a su lado, y Ernesto no tuvo ningún temor al escucharle preguntar:

—¿Y por qué estás aquí y no en tu casa, con tu mujer?

—Porque mamá no encuentra los documentos de la casa. Cree que usted los tenía guardados y no sabe dónde los puso.

—¿Y ya buscaron bien?

—Claro. A eso vine. Dijo que entonces mi suegro se rio suavemente y luego le avisó:

—No están entre mis cosas. Están en el escritorio de ella.

—¿En el de la sala de estar de arriba?

—Sí, ahí mismo —y se rio de nuevo. En el desordenadísimo... También Ernesto sonrió. Mi suegro y mi suegra discutían mucho porque mientras él era muy ordenado y organizado ella tenía sus cosas siempre revueltas, y por eso se le confundía todo.

—Ya.

—Busquen ahí mañana de mañana, porque ahorita ya va a ser media noche y tienes que descansar. ¿Dónde vas a dormir?

—Aquí —contestó Ernesto, sonriendo. Mi cuarto ya está desarmado, desde que me casé.

—Me acuerdo. En este sofá vas a estar cómodo. Hay unas cobijas en la mesita baúl de al lado. No te preocupes, yo apago la luz. Todo está bien, mijo.

Y dijo Ernesto que cuando apagó la luz se cerró de golpe la tapa de la mesita baúl y él se encontró abriendo los ojos, recostado en el sillón, tapado por un par de cobijas que no recordaba haberse echado encima y con la luz apagada, por supuesto. También dijo que la pena por la muerte de su padre casi no se sentía, y que recordaba segundo a segundo el encuentro y la conversación que acababan de tener.

Al otro día, les contó a su mamá y a su hermana lo que había sucedido. Ambas estuvieron convencidas de que solo era un sueño. Pepita recordó, entre triste y alegre, las muchas peleas que tenían por el desorden del escritorio de ella y cómo él la criticaba porque ahí nunca se podía encontrar nada. Después del desayuno, más tranquilos, fueron a ver, y ni siquiera tuvieron que buscar: encima de todo, en un sobre de manila muy grande, estaban todos los papeles necesarios para las sucesiones, las ventas, los traspasos y todos los trámites que hacían falta.

Tomado de <https://bit.ly/2LhPkNT> (05/07/2018)

Lucrecia Maldonado (1962). Escritora ecuatoriana de novelas de ficción, cuentos, poesía y ensayo. Ha ganado el Premio Aurelio Espinosa Pólit.

Cupido es un murciélago (fragmento)

María Fernanda Heredia

1

—Aló, abuela, soy Javier.

—¡Lagartijo! Me tenías abandonada. Hace seis días que no te escuchaba.

—Abuela, tengo que hacerte una pregunta muy importante y necesito que me respondas de la manera más clara posible.

—Pero si ya hablamos de cómo vienen los bebés al mundo, no vengas ahora con que quieres más detalles.

—No es eso, lo de ahora creo que te resultará un poco más sencillo.

—Bueno, vamos a ver, dime de qué se trata.

—Lo que necesito abuela, es que me digas, exactamente, qué es el amor.

2

Fue un martes, a primera hora de la mañana, antes de que el timbre de entrada sonara, cuando Pau me fue a buscar al salón de clases. Lucía nerviosa y se restregaba las manos. Misteriosamente se acercó a mí, me sugirió que nos apartáramos del resto y, cuando lo hicimos, comenzó a hablarme en voz bajita, con palabras entrecortadas, mirando a todas partes, como si no quisiera que nadie se enterara de nuestra charla.

—Javi, yo, bueno, quisiera pedirte que hoy, luego de la clase de baile, no sé, si pudieras quedarte unos minutos más, conmigo... te quedaría muy agradecida.

—¿Que me quede contigo luego de la clase de baile? Claro, Pau, pero ¿para qué?

—Siento un poco de vergüenza, no puedo decírtelo por ahora, pero quiero que sepas que tú eres la única persona a quien se lo puedo pedir. Quiero que esta tarde hagas algo que no te tomará más de un minuto. Créeme que es algo muy importante para mí.

—No entiendo nada.

—Ahora no te lo puedo explicar, pero no te preocupes, no tiene nada de malo.

Pau se aproximó a mí, me miró de frente, sonrió, me tomó del rostro con ambas manos y me dio un beso en la mejilla. Luego se despidió y desapareció a toda carrera mientras me decía:

—Eres un encanto... nos vemos después de clases.

A cinco metros de distancia, Ángeles, que había sido testigo atentísima de esa escena, pudo haber aprovechado la oportunidad para ignorarme, o incluso para soltar alguna frase con la cual burlarse de mí, como lo había hecho siempre. Pero, para mi sorpresa, me miró con una evidente dosis de furia, como si el beso que Pau me había dado le hubiese provocado dolor de muela.

En otro lado, fingiendo no haber visto nada, estaba Isabel. Tenía en su mano un cuaderno y, cuando se percató de que yo la miraba, comenzó a pasar las páginas como si hubiera estado leyendo o estudiando. Apresuró el paso y entró al salón de clase simulando no haberse enterado de lo que había ocurrido afuera. El timbre sonó e intenté caminar rumbo a mi pupitre. Digo que intenté, porque luego de que unos labios idénticos a los de Cameron Díaz te han besado en la mejilla, el piso se transforma en una superficie de algodón y plumas sobre la que, más que caminar, provoca flotar.

Isabel estaba a mi lado, en el pupitre, silenciosa. Luego de la discusión mantenida días atrás, habíamos cumplido ya una semana practicando la ley del hielo. No habíamos perdido las buenas costumbres de decir “hola” y “adiós”, pero todo el resto, me refiero a la conversación cotidiana, había desaparecido, quizás para siempre. La echaba de menos, pero no tenía idea de cuál sería la manera más adecuada para volver atrás y comenzar a ser amigos desde cero.

No me di cuenta del momento en que Chelito llegó a la clase, ignoro el instante en que nos pidió que sacáramos una hoja y un bolígrafo, y puedo jurar que jamás la escuché pronunciar la frase “prueba de evaluación”. Lo último que recuerdo es haberme sentado en mi sitio, para luego repetir varias veces en mi mente las palabras que Pau me había dicho minutos antes:

Versión 1:

“Siento un poco de vergüenza... eres la única persona a quien se lo puedo pedir. Quiero que esta tarde hagas algo que no te tomará más de un minuto. Créeme que es algo muy importante para mí. Ahora no te lo puedo explicar, pero no te preocupes, no tiene nada de malo”.

Versión 2 (resumida):

“Eres la única persona a quien se lo puedo pedir. Quiero que hagas algo que no te tomará más de un minuto. Es muy importante para mí. No tiene nada de malo”.

Versión 3 (más resumida):

“Eres la única persona a quien se lo puedo pedir... no te tomará más de un minuto... no tiene nada de malo...”

Versión 4 (la definitiva):

“No te tomará más de un minuto... no tiene nada de malo...”

Tomado de Heredia, M. (2013). *Cupido es un murciélago*. Quito: Alfaguara.

María Fernanda Heredia (1970). Escritora, ilustradora y diseñadora gráfica ecuatoriana. Ha ganado cinco veces el Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil Darío Guevara Mayorga.

Instrucciones para subir una escalera

Julio Cortázar

Nadie habrá dejado de observar que con frecuencia el suelo se pliega de manera tal que una parte sube en ángulo recto con el plano del suelo, y luego la parte siguiente se coloca paralela a este plano, para dar paso a una nueva perpendicular, conducta que se repite en espiral o en línea quebrada hasta alturas sumamente variables. Agachándose y poniendo la mano izquierda en una de las partes verticales, y la derecha en la horizontal correspondiente, se está en posesión momentánea de un peldaño o escalón. Cada uno de estos peldaños, formados como se ve por dos elementos, se sitúa un tanto más arriba y adelante que el anterior, principio que da sentido a la escalera, ya que cualquiera otra combinación producirá formas quizá más bellas o pintorescas, pero incapaces de trasladar de una planta baja a un primer piso.

Las escaleras se suben de frente, pues hacia atrás o de costado resultan particularmente incómodas. La actitud natural consiste en mantenerse de pie, los brazos colgando sin esfuerzo, la cabeza erguida aunque no tanto que los ojos dejen de ver los peldaños inmediatamente superiores al que se pisa, y respirando lenta y regularmente. Para subir una escalera se comienza por levantar esa parte del cuerpo situada a la derecha abajo, envuelta casi siempre en cuero o gamuza, y que salvo excepciones cabe exactamente en el escalón. Puesta en el primer peldaño dicha parte, que para abreviar llamaremos pie, se recoge la parte equivalente de la izquierda (también llamada pie, pero que no ha de confundirse con el pie antes citado), y llevándola a la altura del pie, se le hace seguir hasta colocarla en el segundo peldaño, con lo cual en este descansará el pie, y en el primero descansará el pie. (Los primeros peldaños son siempre los más difíciles, hasta adquirir la coordinación necesaria. La coincidencia de nombre entre el pie y el pie hace difícil la explicación. Cúidese especialmente de no levantar al mismo tiempo el pie y el pie).

Llegado en esta forma al segundo peldaño, basta repetir alternadamente los movimientos hasta encontrarse con el final de la escalera. Se sale de ella fácilmente, con un ligero golpe de talón que la fija en su sitio, del que no se moverá hasta el momento del descenso.

Tomado de <https://goo.gl/YgDsHA> (28/03/2018)

Julio Cortázar (1914-1984). Escritor argentino de novelas, cuentos y ensayos. Maestro del relato corto, la prosa poética y la narración breve en general. Autor de *Rayuela*, *Bestiario*, *Historia de cronopios y de famas*, entre otras obras.

El amor es una compañía...

Fernando Pessoa

El amor es una compañía.

Ya no sé andar solo por los caminos,
porque ya no puedo andar solo.

Un pensamiento visible me hace andar más de prisa y ver menos,
y al mismo tiempo gustar de ir viendo todo.

Aun la ausencia de ella es una cosa que está conmigo.

Y yo gusto tanto de ella que no sé cómo desearla.

Si no la veo, la imagino y soy fuerte como los árboles altos.

Pero si la veo tiemblo, no sé qué se ha hecho
de lo que siento en ausencia de ella.

Todo yo soy cualquier fuerza que me abandona.

Toda la realidad me mira como un girasol
con la cara de ella en el medio.

Tomado de <https://goo.gl/DCXrME> (10/11/2017)

Fernando Pessoa (1888-1935). Es uno de los escritores portugueses más reconocidos de todos los tiempos, y una figura destacable de la literatura de todo el continente europeo del siglo XX.

Último brindis

Nicanor Parra

Lo queramos o no
solo tenemos tres alternativas:
el ayer, el presente y el mañana.

Y ni siquiera tres,
porque, como dice el filósofo,
el ayer es ayer
nos pertenece solo en el recuerdo:
a la rosa que ya se deshojó
no se le puede sacar otro pétalo.

Las cartas por jugar
son solamente dos:
el presente y el día de mañana.
Y ni siquiera dos,
porque es un hecho bien establecido
que el presente no existe
sino en la medida en que se hace pasado
y ya pasó...,
como la juventud.

En resumidas cuentas
solo nos va quedando el mañana:
yo levanto mi copa
por ese día que no llega nunca,
pero que es lo único
de lo que realmente disponemos.

Tomado de <https://goo.gl/mWJVVD> (27/03/2018)

Nicanor Parra (1914-2018). Poeta, matemático y físico chileno. Fue un renovador de la poesía latinoamericana. Entre sus obras destacan *Cancionero sin nombre*, *Manifiesto*, *Cachureos*, *Ecopoemas*, *Últimas prédicas*.

La luz es como el agua (fragmento)

Gabriel García Márquez

En Navidad los niños volvieron a pedir un bote de remos.
—De acuerdo —dijo el papá, lo compraremos cuando volvamos a
Cartagena.
Totó, de nueve años, y Joel, de siete, estaban más decididos de lo
que sus padres creían.
—No —dijeron a coro. Nos hace falta ahora y aquí.
—Para empezar —dijo la madre—, aquí no hay más aguas navega-
bles que la que sale de la ducha.

Tanto ella como el esposo tenían razón. En la casa de Cartagena de Indias había un patio con un muelle sobre la bahía, y un refugio para dos yates grandes. En cambio aquí en Madrid vivían apretados en el piso quinto del número 47 del Paseo de la Castellana. Pero al final ni él ni ella pudieron negarse, porque les habían prometido un bote de remos con su sextante y su brújula si se ganaban el laurel del tercer año de primaria, y se lo habían ganado. Así que el papá compró todo sin decirle nada a su esposa, que era la más reacia a pagar deudas de juego. Era un precioso bote de aluminio con un hilo dorado en la línea de flotación.

—El bote está en el garaje —reveló el papá en el almuerzo. El problema es que no hay cómo subirlo ni por el ascensor ni por la escalera, y en el garaje no hay más espacio disponible.

Sin embargo, la tarde del sábado siguiente los niños invitaron a sus condiscípulos para subir el bote por las escaleras, y lograron llevarlo hasta el cuarto de servicio.

—Felicitaciones —les dijo el papá. ¿Ahora qué?

—Ahora nada —dijeron los niños. Lo único que queríamos era tener el bote en el cuarto, y ya está.

La noche del miércoles, como todos los miércoles, los padres se fueron al cine. Los niños, dueños y señores de la casa, cerraron puertas y ventanas, y rompieron la bombilla encendida de una lámpara de la sala. Un chorro de luz dorada y fresca como el agua empezó a salir de la bombilla rota, y lo dejaron correr hasta que el nivel llegó a cuatro palmos. Entonces cortaron la corriente, sacaron el bote, y navegaron a placer por entre las islas de la casa.

Tomado de <https://goo.gl/B5wzib> (28/03/2018)

Gabriel García Márquez (1927-2014). Escritor colombiano reconocido como un gran exponente del Realismo mágico. Entre sus obras destacan *Cien años de soledad*, *Crónica de una muerte anunciada*, *El coronel no tiene quien le escriba*.

Un secreto de amor

Liliana Cristina Cinetto

Tengo un secreto de amor
escondido en el bolsillo.
Es un secreto pequeño
envuelto en miedos sencillos.

Cuatro letras,
cuatro letras que te nombran,
que solo encuentran mi voz
al abrigo de las sombras.

Mi secreto se acurruca
en la esquina del silencio
y te espía desde un libro
cuando estoy en el colegio.

Roba a veces tu sonrisa
y con hilos invisibles
la hilvana a este amor que crece
en tierras de lo imposible.

Se alimenta en la penumbra
con retazos de palabras
que no encuentran el camino
para llegar a tu alma.

Y cuando no te das cuenta
se asoma hasta tu mirada
y calma su sed inmensa
bebiendo a sorbos mis lágrimas.

Mi secreto se disfraza
con pretextos y mentira
y solamente la luna sabe
esta verdad prohibida.

Las estrellas son guardianes
que vigilan mi secreto
para que nunca se escape
por la ventana del sueño.

En horizontes de otoño
se deshoja mi esperanza
y se mueren sin caricias
mis manos que no te alcanzan.

Porque no puedo gritarlo
y porque nadie lo sabe
duele tanto este secreto
guardado con siete llaves.

Y mi amor fue condenado
al abismo del olvido
porque estoy enamorado
de la novia de mi amigo.

Tomado de <https://bit.ly/2GBXOIZ> (05/07/2018)

Liliana Cristina Cinetto. Escritora argentina de cuentos infantiles.



@MinisterioEducacionEcuador



@Educacion_EC

Ministerio de Educación



República
del Ecuador